

Ignacio Aldecoa 1995: 156.

Solamente salía de la taberna de Gorrinito para escupir. Mataba sus horas leyendo el periódico, espantándose de los sucesos, bebiendo y discutiendo con la poca gente de paso. La muerte le rondaba los pulmones clavándole alfileres. Era pesado en su charla, absurdo en sus conocimientos, tajante en sus apreciaciones. No sufría bien las bromas y no fumaba otro tabaco que el que le daban. Cuando andaba, lo hacía encogido de enfermedad y a veces escorado de vino. Presumía de caballero y hablaba con respeto de su padre, un asturiano que tuvo alguna fortuna y que le dejó, para que se hiciera hombre de provecho, magníficas máximas y sabios consejos, porque las apuestas, las mujeres, la sidra y los negocios ruinosos le dejaron a él listo y agotado. Tenía el hombre hábitos y presunciones de Don Juan y cooperaba en el abrirle la boca de tedio al tabernero contándole sus memorias, un tanto pornográficas y complicadas. Resultaba que fue en su juventud bala perdida, siguiendo ejemplo notorio, y ahora andaba moqueando sus borracheras con los bolsillos casi vacíos. Había estado de mozo en Méjico, y contaba fábulas de la indiada, imitando las voces y los giros guasones. Era hombre de poca ropa.